

SOPA DE TECHO

VÍCTOR HUGO FERNÁNDEZ

Ese gato visita nuestro tejado desde hace cinco noches. Reconozco su suave pisar sobre el cinc; siempre se detiene en el mismo sitio, desafiando a Caruso, ese horrible perro tierno y cariñoso que sirve de mascota al resto de la familia. Me pregunto, ¿qué verá por las noches desde el tejado, por qué viene hasta la casa a plantarse en el mismo lugar? ¿Será que simplemente disfruta desafiar al perro allí, desde su trono en las alturas, donde se sabe inalcanzable por las fauces del animal o puede que experimente alguna visión nocturna y sonámbula, obstaculizada únicamente por los ladridos necios de este perro incapaz de despertar al resto de la familia, pero que me pone los nervios al tope, porque simplemente me desespera?

Hace tanto tiempo que el sueño se marchó, que me pongo somnoliento mientras miro la televisión y mi mujer se desnuda frente a mí, con su cuerpo de amapola. Yo la miro desde mi almohada, enfundado en las cobijas, desnudo, mientras las sábanas me acarician y me excito y entonces pienso en todas las cosas que le voy a hacer tan pronto ponga su cabeza sobre su almohada. Pero entonces ella, luego de desnudarse, se pone su pijama, no sin antes hacerme un strip tease indiferente, para luego escapar al baño a quitarse el maquillaje, una eternidad, y lavarse después los dientes. Ya para entonces me he dormido boca abajo, con la tele encendida y todos esos propósitos de sexo y fantasía que nunca llegan a concretarse.

Mi mujer y yo hacemos el amor por las mañanas, son siempre «rapiditos» mientras nos preparamos para ir a la oficina, porque durante la noche nunca coincidimos. Para cuando ella finalmente se entrega al sueño yo ya estoy dormido e inmediatamente que sus ojos se cierran y su respiración trepidante inicia ese discurso de abandono, entonces yo abro los míos, como un vampiro carente de colmillos, incapaz de beber la sangre orgásmica que lo debe alimentar. Para mí la noche es una aventura solitaria, «una sopa de techo» como dicen los coqueros pero sin la seducción de la droga. Soy un insomne empedernido, un hombre obligado a la vigilia, a quien se le niega el sueño cuando a todos los demás los seduce y los controla.

Ayer por ejemplo me levanté pasada la medianoche y escuché música enfundado en mis audífonos;

un poco de esto y algo de aquello. Escojo los violentos para que me exacerben el ánimo pero nada, no hay reacción; escojo entonces las baladas para amornar el ritmo y entonces la nostalgia me lleva hacia el pasado y recuerdo todas las mujeres que he amado y ahora me detestan y me digo, no puede ser, no fue exactamente así, pero no puedo remediarlo y soy cobarde y no me atrevo a llamarlas. Y tampoco llega el sueño y la noche sigue igual, alimentando su vigilia, como si la tiniebla y la soledad fueran mis mejores compañeros.

Hace un par de noches abrí los ojos como a las dos de la mañana luego de una intermitente velada en duermevela y todo estaba tranquilo, sólo el sonido de los grillos enrumbaba la madrugada hacia su inexorable amanecer, cuando de pronto escuché el motor de un auto dar la vuelta en la esquina. Conforme el vehículo se acercaba hacia el frente de la casa escuché música, un motor hartado conocido y la risa de una mujer que no pude distinguir. Ah, pero el motor lo conocía, era un recurrente del vecindario, un japonés modelo intervenido con escape llamativo y seductores cambios para atraer la atención de las mujeres. Era por supuesto el vecino que vive dos puertas más abajo, en su apartamento de soltero, que heredó luego de que su mujer lo abandonó al encontrarlo una tarde metido entre las sábanas con su mejor amiga. Desde entonces no para en su casa. Sale cada noche o mejor dicho llega tarde después de la oficina, según comentan mi hija y todos los vecinos quienes lo ven salir por las mañanas en su auto a despedir a sus visitas, llevarlas hasta alguna parada de taxis, luego de pasar imagino que como yo despierto pero claro, él ausente e indiferente a los sonidos de la noche.

Tantas veces he escuchado el motor de un auto sospechoso, algo inusual y desconocido o bien por el contrario, he escuchado un motor repetir su ronroneo varias noches a una hora precisa y detenerse, para luego desaparecer y he pensado que son ladrones estudiando el vecindario. Algunas veces los he escuchado tan cerca y luego marcharse asustados por la desafiante actitud de Caruso, con todo y su desconocida cobardía intrínseca.

La noche tiene sus misterios. Yo tomo reactiván por las mañanas y algo de Tiamina al mediodía para

poder seguir el ritmo de la luz y no perder de vista mis obligaciones, pero llevo tanto tiempo despierto en medio de la soledad de la noche, incapaz de acariciar a mi mujer porque la veo profundamente sumida en el sueño y la seducción de las almohadas.

Tengo un hijo que es un reloj para el sueño y duerme siempre cada noche la misma cantidad de diez horas, de las ocho de la noche a las seis de la mañana. Tengo una hija que compite conmigo y la escucho cada vez con más frecuencia levantarse en la madrugada y deambular por la casa por períodos cortos de tiempo, pero no me atrevo a admitir que es un asunto de familia y cuando ella camina por la casa o se acerca al dormitorio, finjo estar en el más profundo de los sueños. ¿Por qué no he sido capaz de admitir con ella que experimentamos la misma experiencia? Pero es que la noche es tan encantadora, tan seductora en su desesperante soledad, que no hay mejor recomendación que vivir en completo aislamiento, con todo y su maldita jauría de inubicables. Les puedo decir que sé perfectamente la forma en que un roedor se come un libro de poesía o viola la bolsa del azúcar, para no mencionar el banquete que se da cuando alcanza las galletas o la forma en que se burla de mi esposa cuando roba la carnada de jamón y queso que ella deja en las ratoneras.

A veces me levanto de madrugada, especialmente los fines de semana a observar por la ventana la llegada de los vecinos, con esa discreción con que lo hacen, para no despertar a sus esposas y tratar de no llamar la atención del barrio por sus llegadas a destiempo, luego probablemente de alguna sesión de copas en algún bar o probablemente la visita a algún prostíbulo. Porque tengo la impresión que la mayoría de mis vecinos son seres promiscuos; basta ver la forma en que observan a las mujeres por las mañanas mientras sacan sus autos de las cocheras y las vecinas caminan hacia la parada del autobús. Hay que admitir que existen algunas que están muy buenas y me parece haber visto más de una sonreír y esperar a algún vecino a la vuelta de la esquina para que la lleve al centro de la ciudad y probablemente a algún otro lugar al atardecer, después de la oficina.

Me ha ocurrido un par de veces que se me mete el diablo y entonces me levanto y me visto, luego salgo a la calle en mi auto y me dirijo a los prostíbulos a observar los shows de medianoche mientras bebo una copa o dos. Acabo invitando a una mujer y la llevo hasta el cuarto donde le hago el amor pensando que es mi mujer satisfaciendo mi fantasía tanto tiempo acariciada. Después regreso a casa; al igual que los

vecinos, entro sigiloso para descubrir que nada ha cambiado, que mi mujer sigue sumida profundamente en su sueño y no se ha percatado de mi ausencia. Oloroso a perfume ajeno, aún fresco en mi olfato el aroma de una cama colectiva que ha servido a tantos insomnes en sus cacerías nocturnas me desvisto y me meto lentamente en las cobijas para seguir despierto, escuchando el sonido de los grillos y a veces también el de la lluvia acariciando los cristales de las ventanas.

Hace un par de noches puse un vaso en la pared y mi oreja en un extremo para escuchar a los vecinos hacer el amor y él disculparse por tener un orgasmo prematuro que, al parecer se ha venido repitiendo durante varios años. Hay rumores en el barrio en el sentido de que él tiene una amante diez años más joven que ella y que le hace el amor a la vecina sólo por cumplir, mientras ella sale a caminar todas las mañanas, en busca de una forma física que nunca le conocí o probablemente nunca tuvo.

Durante los últimos dos meses, no lo van a creer, un murciélago nos ha visitado y al principio no lo creíamos nosotros tampoco, hasta que una noche me levanté atraído por un ruido en el estudio y al encender la luz ví a un extraño alado rebotando en las paredes, engeguado por el resplandor. Me asusté al principio pero luego me pareció ver en él un pequeño reflejo de mis noches en duermevela, de «mis sopas de techo», de mis teatrales actuaciones como el más profundo de los dormilones frente a la mirada inquisidora de mi hija en medio de las vigiliadas de sus madrugadas.

Hace tanto tiempo que sueño con hacer el amor con mi mujer a medianoche, pero siempre duerme profundamente a esa hora y cuando intento acercarme a su cuerpo a esa hora, simplemente se vuelve de medio lado, cierra las piernas y me ignora. Entonces los sonidos de la noche comienzan a invadirme: el carro de las estrellas suena su cencerro, el vecino regresa acompañado de sus mujeres circunstanciales, el gato aristocrático sube al trono del tejado y desafía el canto insoportable de Caruso, los ladrones incian su patrullaje interminable y preciso, mientras yo me espero a que la madrugada y su luz matinal se atreva a acariciar la noche y sus fantasmas, para dormir por unas horas y acabar haciéndole el amor a mi mujer un poco antes de la ducha, cuando el café anuncia con su aroma que está listo para su consumo, y el diario con sus noticias ya añejas es abandonado en la cochera, por un mensajero también inocente a los sonidos de la noche.